

Futuro de las comunidades campesinas Pacaraos 40 años después*

Rodrigo Montoya Rojas

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
E-mail: rodrigo.montoya@terra.com.pe

RESUMEN

Este estudio presenta los resultados obtenidos en mi trabajo de campo efectuado en el año 2002 y compara aspectos estructurales y culturales de las instituciones y habitantes de la Comunidad Campesina de Pacaraos registrados anteriormente, en 1962. Después de presentar sintéticamente los avatares académicos de la expedición antropológica de un grupo de estudiantes de San Marcos en este mismo espacio andino, se examinan y analizan los cambios ocurridos en la dimensión agropecuaria, de la educación, del gobierno local, de la salud y de los límites de funcionamiento de una comunidad campesina. Finalmente, se plantea un conjunto de ideas para la acción con la finalidad de que las autoridades de Pacaraos encuentren una salida a la crisis actual en la que viven.

PALABRAS CLAVE: Comunidad campesina, Pacaraos, tierras, educación, migración, gobierno local, Antropología, San Marcos.

ABSTRACT

This article presents the results obtained in my field work in the year 2002 and it compares structural and cultural aspects of the institutions and inhabitants of the Peasant Community of Pacaraos registered previously in 1962. After presenting synthetically the academic vicissitudes of the anthropological expedition of a group of students from San Marcos in this same Andean space, it examines and analyzes the changes taken place in the agricultural, educational, local governmental and health dimensions and the limits of the functionality of a peasant community. Finally, it proposes a set of ideas for action so that the authorities of Pacaraos can find a way out of the current crisis in which they live.

KEY WORDS: Peasant Rural Community, Pacaraos, Lands, Education, Migration, Local Government, Anthropology, San Marcos.

* Informe final. Proyecto 03150181: Visita antropológica 2: Pacaraos, 40 años después. Diciembre de 2003.

Presento en este texto el resultado de un trabajo de campo en la comunidad campesina de Pacaraos, cuarenta años después de mi primera visita. En 1962, fui parte del grupo de estudiantes del Departamento de Antropología de la Universidad de San Marcos que visitó la zona bajo la dirección del doctor José Matos Mar, entonces jefe del Departamento. Éramos nueve estudiantes de tercer año de la universidad y primero de Antropología¹. Nos acompañaron dos estudiantes más –un francés, Francois Anglade, y un belga de apellido Colson– y Hugo Neira, historiador y periodista que entonces escribía en el diario *Expresso* de Lima². Un año antes, el Departamento de Antropología había iniciado un estudio en la parte baja del valle de Chancay-Huaral. Pacaraos –comunidad andina, sobre los 3,300 metros de altitud– sería la escogida para un primer acercamiento a las comunidades de la parte alta del valle. Poco tiempo después, la comunidad de Huayopampa, a dos mil metros de altura, sería el núcleo para conocer la parte media del valle.

Como aprendices de antropólogos, el paso por el valle de Chancay fue decisivo para nuestra formación. Ninguno de nosotros quedó encerrado en una comunidad o una hacienda como había ocurrido con las primeras promociones de antropólogos profesionales entre 1950 y 1958. Nuestros estudios monográficos en las grandes y clásicas haciendas del valle bajo como Huando, Palpa, La Huaca, Miraflores o Chancayllo, en las comunidades fruteras como Acos y Huayopampa, y en las comunidades agropecuarias de las tierras altas como Pacaraos, Ravira, Vichaycocha fueron de gran utilidad para dar los primeros pasos de lo que sería después una visión de conjunto. La experiencia de otro grupo de estudiantes de Antropología en el valle bajo y alto de Pachacamac, dirigido también por José Matos Mar, sirvió para abrir ese camino³. A comienzos de los años sesenta los estudios de «áreas culturales» fueron una novedad. También lo fue, de modo aún muy embrionario, un modo de mirar el Perú como sinónimo de país subdesarrollado. La oposición desarrollo-subdesarrollo, tejida en Francia en los años cincuenta, fue llevada a San Marcos por el ingeniero Jorge Bravo Bressani, sobre todo, y por José Matos Mar. No se trataba de una visión elaborada, sistemática y rica, sino de otros estados de ánimo. Antes de que se convirtiera efectivamente en una teoría

1 Los alumnos éramos Jorge Trigo Pérez, Hernando Núñez, Alejandro Ortiz, Alejandro Vivanco, Emilio Mendizábal, Teresa Castillo y Rodrigo Montoya. Arsenio Revilla, alumno de quinto año, nos guió en la expedición. Del grupo fallecieron Mendizábal, Vivanco y Núñez. Trigo vive en Alemania, Revilla en Riobamba, Ecuador, Ortiz y yo trabajamos en Lima y Neira vuelve a Lima, en el otoño de su vida, luego de un largo período como profesor en Tahití, después de su participación como funcionario del Sistema Nacional de Movilización Social (Sinamos) del gobierno del general Velasco.

2 La expedición tuvo un miembro especial, un alumno de apellido Bendezú, que aparecía de vez en cuando y luego de la visita a Pacaraos desapareció. Lo reconocí, después de unos ocho años, con su uniforme de capitán del Ejército, como padre de familia en el Colegio Franco Peruano, en 1978 o 1979. ¿Se trataba de un enviado de los servicios de inteligencia, como aquel policía que acompañó a la expedición antropológica de los Q'eros dirigida por Oscar Núñez del Prado en 1955?

3 Ver el libro *Las actuales comunidades de indígenas, Huarochiri. 1955*. (Matos, Guillén, Cotler, Soler, Boluarte 1958).

fue rápidamente sustituida por otro estado de ánimo y una teoría al mismo tiempo: el marxismo, como perspectiva para entender una sociedad a partir de la unidad contradictoria entre las relaciones de producción y las relaciones sociales y, sobre todo, como un instrumento político para cambiarla.

A comienzos de los sesenta, el profesor José Matos Mar era un promotor de la Antropología, convencido de su necesidad y urgencia para el Perú. Supo llegar a sus estudiantes para convencernos de una idea fundamental: el trabajo de campo. Conocer el Perú significaba recorrer sus valles costeros y sus tierras altas. Ligar la sierra a la costa, abrir un espacio para estudios antropológicos en las llamadas «barriadas» de Lima, era un desafío. La Amazonía era en ese entonces, y para gran parte de los antropólogos también ahora, un fragmento lejano y desconocido del país. La mística del trabajo de campo fue una especie de carta de presentación de la Antropología como nueva disciplina académica. ¿Ir al campo?, sí, siempre, en cualquier momento, aunque sea por una semana. Quedarse en Lima no tenía sentido alguno.

¿Con qué teorías estudiar la realidad? Esa pregunta carecía de sentido en aquel tiempo de mística y de pragmatismo tan grandes. Para los estudiantes que acabábamos de seguir el primer semestre de Antropología, luego de dos años formativos en letras, ir al campo significaba nuestra mayor ilusión. Cuando la expedición antropológica de San Marcos llegó a Pacaraos, el 29 de julio de 1962, ninguno de nosotros los estudiantes había recibido preparación alguna para algo llamable «trabajo de campo». Una guía como la de Murdock fue conocida al final de la carrera, y el «Manual de Etnografía» de Marcel Mauss lo descubriría mucho más tarde, ya en los estudios de postgrado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

¿Qué haríamos cada uno de nosotros los estudiantes? No lo sabíamos. Con su espíritu pragmático y apelando a sus simples intuiciones, Matos Mar encargó a cada uno lo que sería su tarea en la visita de más o menos quince días. A Hernando Núñez, pintor y poeta, le dijo: «camine, vea, observe y prepare un texto descriptivo de Pacaraos»; a Alejandro Vivanco, quenista, estudioso autodidacta del folclore andino, le ordenó: «ocúpese usted de la música y las canciones». Siempre con corbata y terno gris, en el campo y la ciudad, y con su quena como extraordinario recurso, Alejandro disfrutó de su trabajo de recopilación. A Mendizábal, que ya tenía una larga experiencia en estudios etnohistóricos –desde su largo aprendizaje, también autodidacta en Cusco– le encargó buscar documentos y testimonios sobre la historia, así de simple. A mí me dio una orden igualmente sencilla: «Montoya, ocúpese usted de la estructura económica». Sabía yo sobre ese tema tanto como de astronomía, pero Matos Mar estaba seguro de que por mi condición de estudiante andino y por hablar el quechua haría una monografía elemental sobre el tema. No sé que le dijo a Hugo Neira, pero su mirada periodística tuvo un resultado inmediato: unos breves artículos en la página editorial de *Expreso*, un par de semanas después de nuestro regreso, a mediados de agosto de 1962.

¿Por qué volver después de 40 años a Pacaraos? ¿Para qué? Observar los cambios vividos por la comunidad y lo que queda de lo que vimos entonces justifica plenamente una decisión como esa. Pero hay algo más: se trata de un componente afectivo, el deseo que brota desde muy dentro de uno para desandar una buena parte del camino recorrido y volver con otro modo de mirar. Este regreso a los primeros pasos no es nada frecuente entre los antropólogos. En mi caso, la idea de ir nuevamente a Pacaraos apareció hace unos diez años atrás, sin que entonces tuviera las condiciones para convertir la idea en proyecto. Más o menos en el mismo tiempo, alentaba la ilusión de ir a las comunidades de Zayago y Bermillo, en Zamora, Castilla León, tras las huellas de José María Arguedas, el primer antropólogo latinoamericano que fue a hacer un trabajo de campo en España, tratando de responder a la pregunta: ¿cuánto de la tradición andina peruana viene de España? Mientras era profesor visitante en la Universidad de Barcelona, en 1995, tuve la suerte de hacer ese viaje, disfruté de la amistad y saber de Jesús Contreras y Joan Bestard, ambos antropólogos y colegas. El resultado ha sido mi artículo «Arguedas en España: Crónica de un viaje de la nostalgia» (Montoya, 1996).

Mientras esperaba una oportunidad para ir a Pacaraos tuve una grata sorpresa. Héctor Martínez, antropólogo profesor de San Marcos, lamentablemente ya fallecido, fue a Vicos con la misma nostalgia de volver al Callejón de Huaylas y ver lo que quedaba de la «Antropología aplicada» promovida por la universidad norteamericana de Cornell y el Instituto Indigenista Peruano. Felizmente, tuvo el tiempo necesario de publicar su artículo (Martínez, 1990). A él le corresponde el mérito de haber abierto un camino que ojalá sea seguido por otras y otros colegas.

Debo agregar que mi regreso a Pacaraos obedece a dos razones más. De un lado, mi entusiasmo por la Antropología y mi primer trabajo de campo explican por qué volví a esa comunidad para hacer un largo estudio sobre su proceso migratorio que me permitió presentar mi tesis de bachillerato (equivalente en la época a la licenciatura de hoy, Montoya, 1965a). De otro, fue en ese mi primer trabajo de campo en Pacaraos donde descubrí uno de los secretos profundos de nuestras comunidades campesinas: se trata de una forma de organización social global, de un «fenómeno social total» en términos de Marcel Mauss (1925), sobre el que volveré después.

Para cerrar este segmento, debo agregar que Pacaraos ha recibido a numerosos visitantes y ha sido objeto de muchos estudios. En primer lugar, cito el artículo de Emilio Mendizábal (1965) y los textos de Carlos Iván Degregori, Jürgen Golte, Olinda Celestino, antropóloga recientemente fallecida luego de una carrera de investigadora en el Centre National de Recherche Scientifique de Francia (1973) e Isabelle Lausent (1983). Equipos de DESCO pasaron también por Pacaraos y, en los últimos dos años, profesores y estudiantes de la Universidad Nacional de Ingeniería hicieron una larga encuesta y publicaron un «Plan estratégico de desarrollo integral» (2002).

I. TIERRAS ALTAS Y PUEBLOS QUE SE VEN Y HABLAN DE LEJOS

«Pacaraos es la capital del distrito de su nombre en el norte de la provincia de Canta, a 3,100 metros sobre el nivel del mar. Está a 95 kilómetros de Huaral, de donde parte la carrera sin asfaltar que se bifurca en Tinco y pasando por el poblado de Ravira llega a nuestro pueblo; el otro ramal continúa hacia Canta. Habiendo llegado a Pacaraos a las cinco de la tarde del día 29 de julio, advertimos primero cierta desnudez. En efecto, dentro de Pacaraos hay escasa vegetación, uno que otro árbol en el patio interior de ciertas casas, y en el parque cercado de la plaza de armas, un pasto de sembrado reciente y algunos retoños de pino, de aquellos que en el pueblo cercano de Santa Cruz han alcanzado altura y verdor admirables». Este es el primer párrafo de la «Descripción de Pacaraos», texto mecanografiado que Hernando Núñez, amigo querido y compañero de estudios en San Marcos y en París, escribió por encargo de José Matos Mar (Núñez, 1962)⁴.

Al salir de Huaral rumbo a Pacaraos, el valle de Chancay-Huaral se angosta rápidamente y la carretera, ya afirmada desde hace menos de 10 años, sigue por un cañón muy estrecho que parece no terminar nunca. El ascenso entre los 500 y 2,500 metros de altura es posible cambiando de orillas del río, para evitar los tramos largos de roca viva. Cuando los cerros se juntan, el camino parece un balcón entre las rocas y es inevitable pensar en el extraordinario trabajo que los constructores de carreteras realizan para que las tierras altas y bajas se acerquen cada vez más y, también, en el deseo de no mirar hacia abajo por la profundidad de abismos. Allí donde parece que se abre un pequeño valle, surgen cultivos de frutales y los cerros vuelven a aproximarse sin que sea posible agricultura alguna. Acos, es el punto intermedio entre Huaral y Pacaraos, situado en el *tinkuy* o punto de encuentro de dos ríos, con un espacio suficientemente grande como para que algunas familias siembren frutales o para que se asiente una comunidad baja o un pequeñísimo poblado, formado alrededor de uno o dos restaurantes. Una hora después de subir por larguísimos desfiladeros, la sorpresa grande es ver el cielo inmenso lleno de luz, los cerros negros y azules de la cordillera, el nevado de Antahirca o Cerro protector mayor de la comunidad de Vichaycocha y los pueblos cóndores tan cerca y tan lejos, al mismo tiempo, en las faldas de los dos grandes macizos que el río separa. Ravira, Pacaraos y Viscas en la margen derecha; Vichaycocha, Santa Catalina, Santa Cruz de Andamarca y Chauca, en la margen izquierda. Los pueblos altos, que miran siempre hacia abajo, reproducen en su mirada el espíritu militar de los primeros tiempos, antes de los incas. Dentro de la verticalidad, los

4 Fue conmovedor para mí descubrir, después de cuarenta años, que entre los papeles que guardaba de aquel primer trabajo de campo estaba ese breve texto inédito de Hernando Núñez. Mi informe «La tenencia de la tierra en la comunidad de Pacaraos» igualmente mecanografiado e inédito tiene 13 páginas.

primeros constructores del espacio andino reservaron con su más sano juicio las pequeñas planicies o llanuras para la agricultura. Para las casas estaban previstas las faldas de los cerros o las salientes que como ventanas estratégicas permitían detectar rápidamente a quienes se acercaban con dudosas o malas intenciones. No tengo la fuente precisa a la mano, pero me parece recordar que fue Uriel García, uno de los indigenistas mayores del Cusco y del país, quien habló de «pueblos cóndores» para referirse a los centros poblados de las tierras altas de todos nuestros Andes. La metáfora es preciosa porque si vemos desde la plaza de armas de una aldea con gran precisión los caminos, las parcelas de cultivo de todas las partes bajas y hasta a la personas que caminan en las calles de las comunidades vecinas, parece que estuviéramos en el aire. Por eso, es posible sentirnos en esos «pueblos cóndores» como pájaros con ojos de largo alcance.

Pacaraos ocupa una pequeña planicie sobre un inmenso macizo de roca. Entre ese lugar y el manantial de Cayas se encuentran las tierras de cultivo y riego. Hay entre Pacaraos y los baños de Colpa, en la ruta que va hacia Vichaycocha –a unos doscientos metros de la antigua Iglesia de Santa Lucía, su patrona colonial– un abismo profundo de por los menos 600 o 700 metros, cortado a pico. La carretera es allí una cinta muy peligrosa escogida en los últimos años por unos ocho suicidas locales. En la parte baja se encuentra la hidroeléctrica de Pacaraos. La verticalidad del espacio aparece en este lugar cortada a pico sin tierra ni arbusto, en toda su desnudez geográfica y humana.

Después de los baños de Colpa, los cerros vuelven a unirse y el camino que va a Huayllay, Cerro de Pasco y a la Amazonía central se angosta otra vez pero en un tramo corto de 10 o 12 kilómetros. Luego, reaparece el horizonte, las cumbres nevadas, con planicies y lagunas en los límites de los departamentos de Lima y Cerro de Pasco. Pronto, la provincia de Cajatambo podrá comunicarse más rápidamente con Lima a través de la ruta de tierras altas que se unirá a la carretera Vichaycocha-Pacaraos-Huaral.

Como todos los Andes peruanos, las tierras altas, medias y bajas del valle de Chancay-Huaral fueron antiguas unidades espaciales preincas e incas. Pacaraos era parte de los Hanan Pirkas y el pueblo de Lampiña era el centro principal de los Lurín Pirkas. Cerca de Canta están los pueblos de Atavillos Alto y Atavillos Bajo. Después de la conquista, los españoles fundaron la provincia de Canta y luego el corregimiento del mismo nombre al que pertenecían los pueblos de Pirka y Atavillos. Poco después, Pacaraos fue cabeza de un corregimiento-repartimiento junto con los llacuaces de las tierras del actual departamento de Cerro de Pasco. En tierras de Pacaraos se formaron las reducciones de Mariac, Rarca, Ninacushma y Jayec.

El centro poblado del distrito de Pacaraos ha crecido en cuarenta años sólo un poco hacia el sur. Rodean al entonces viejo campo de fútbol, la escuela primaria, el colegio que lleva el nombre del padre Macías, nacido en estas tierras, el local del Instituto Tecnológico Superior, el Centro de Salud y la pequeña plaza de toros. El

resto se mantiene sin mayores variaciones. Ninguna de sus 18 calles tiene pistas. En una hay dos veredas. Ya no hay casas de ichu, todas tienen el techo de calamina y se ve sólo un hermoso tejado de color ladrillo en el Instituto Tecnológico Superior. Se siente un cuidado mayor porque no volví a ver cerdos y burros mostrencos pastando tranquilos en la plaza principal. Muy temprano de mañana, los propietarios cruzan las calles para llevar a sus vacas, becerros, ovejas, caballos y burros a las chacras. En las tardes, cuando el sol se va escondiendo, vuelven a los patios o corrales de sus casas.

Los jardines que rodean a la antigua glorieta, cubiertos de ichu y algunas flores, sobre todo geranios, están cercados con alambres y los adolescentes y niños juegan fútbol allí donde el ichu que crece espontáneamente forma una alfombra que parece el gras de un campo de fútbol. La iglesia tiene la particularidad de estar situada al costado de la plaza de armas desde donde se ve sólo uno de sus largos muros laterales. La entrada principal mira a un espacio descubierta donde se encuentran las paredes semidestruidas de una construcción de piedra. Un breve recorrido por las calles de Pacaraos permite dos constataciones inmediatas: su desnudez y silencio –sentidos por Hernando Núñez en su relato ya citado– y los gruesos candados en, tal vez, el cincuenta por ciento de las casas. Los dueños viven fuera, en Huaral y Lima, principalmente, y vuelven en los días de fiesta, sobre todo en octubre cuando la devoción por la Virgen del Rosario llena el pueblo de gente, de música, de bailes y entusiasmo. Si al silencio le sumamos la intensidad de la luz en los nueve meses de sol continuo, es posible sentir la belleza andina⁵.

Una novedad muy grande es la presencia del *kikuyo* en toda la región, hasta en los jardines de la plaza de armas. Se trata de una planta forrajera importada del África –Kenia, etnia de los Kikuyo– por los hacendados ganaderos del Cusco en la década de 1940. En los cielos y suelos andinos, distintos a los de Kenia, la planta sufrió una mutación fundamental: se volvió rastrera y parece un gras como el de los campos de fútbol de las grandes capitales del mundo. Además, para nutrirse de la humedad de la tierra desarrolla raíces de hasta cinco o seis metros, virtud que le permite resistir sequías y reverdecer con las primeras lluvias. Además, el minúsculo tamaño y composición de sus semillas permite que éstas salgan enteras luego del proceso de digestión de los animales y que crezcan, se reproduzcan y viajen con toda libertad en las pezuñas de los animales. Se trata de una plaga que ha producido una severa crisis en la agricultura andina del centro y sur, y que ahora invade todo el norte. No hay herramienta alguna ni producto químico que acabe con el kikuyo. Sólo el trabajo humano permite bloquear temporalmente su repro-

5 Tengo grabado en mi memoria un recuerdo hermoso de un día de fiesta en Pacaraos, en 1962. A medianoche salí de una reunión en casa de la familia Cruz para respirar en una banca de la Plaza de Armas. El dueño de casa pensaba que yo huía. Me encontró mirando el cielo estrellado –como el de Puquio, mi tierra– y me dijo: «¿Te has dado cuenta que en Pacaraos estamos a sólo media hora del cielo en burro?».

ducción para que las otras plantas puedan crecer. Una buena parte de la alfalfa andina ha desaparecido por efecto del kikuyo. Lo mismo ocurrió con la caña de azúcar en los valles profundos de Apurímac y Ayacucho, por ejemplo. Como pasto, el kikuyo sirve para muy poco porque daña los dientes y los aparatos digestivos de los animales. La mayor parte de alfalfares está seriamente afectada por el kikuyo. Florecen, crecen grandes y tupidas las plantas de alfalfa sólo en los cercos intencionalmente cuidados, en los que los propietarios no dejan que el kikuyo crezca. Pacaraos tiene el agua suficiente para el riego de superficies mayores de alfalfa, pero el agua sin el intenso trabajo humano sólo favorece al kikuyo⁶.

Hay en Pacaraos 7,696 hectáreas registradas, de las cuales sólo 150 son irrigadas –150 en manos privadas y 5 comunales–, 929 se cultivan sólo con el agua de lluvias y largos períodos de descanso (Huayatama, Kushurumachay, Shuquncha, Chuyuchacra, Aqupuquiu, Ayal, Ushtuma, Tamburhuasi, Liuli, Mitaysinsan), 4,600 son de pastos en las tierras altas, 12 corresponden a solares urbanos y 2,000 son de tierras sin utilidad alguna⁷. Si las tierras irrigadas representan sólo el 1.4% del área cultivable (cerca de la mitad de la media nacional), es fácil inferir la magnitud de la pobreza.

El manantial de Cuyas, situado en la parte alta, a una altura de aproximadamente 3,800 msnm, permite el riego de 155 hectáreas a través de una red de acequias relativamente grandes y pequeñas –lamentablemente no revestidas de cemento, por lo tanto, con una proporción de agua que se pierde– que existen seguramente desde tiempos prehispánicos. El deseo de los pacareños de irrigar parte de sus tierras de temporada enfrenta un obstáculo demasiado serio: los hacendados del valle de Chancay-Huaral, parte baja de la cuenca, han conseguido una disposición legal del Estado que prohíbe construir represas en la parte alta del río. Un recurso como el agua que brota de los nevados en el corazón mismo de los Andes, sirve más a los empresarios agrícolas de las tierras bajas que a los pobladores de las tierras altas.

El listado de cultivos comienza con la papa y sigue con habas, maíz, alverjones, oca, olluco, mashua, ajo, hortalizas y la alfalfa que parece un cultivo en proceso de extinción por el efecto perverso del kikuyo, descrito líneas arriba. El trigo, la quinua y la cebada aparecen en el «Plan Estratégico...» de la Universidad Nacional de Ingeniería como productos extinguidos (2002:14). La kiwicha, sobrevive aún. En las tierras altas, pastan al rededor de 1,220 cabezas de ganado ovino, 674 vacunos y 68 equinos. Sólo quedan 150 alpacas y llamas; en 1962 habían 1,000. En el 2002, el «Plan Estratégico...» de la UNI ni los menciona.

6 En mi libro *Capitalismo y no capitalismo en el Perú* (Montoya 1980) se encuentra una información inicial sobre el kikuyo.

7 La extensión total del distrito de Pacaraos, que incluye las comunidades de Viscas y Vichaycocha, es de 11,700 hectáreas.

De un hato de 900 a 1,000 vicuñas en el 2001, quedan menos de 50. La caza furtiva para el contrabando de la lana ha diezariado ese recurso económico extraordinario de las tierras altas. Con un hato de 900 vicuñas y un manejo adecuado, los pacareños habrían podido disponer de un ingreso económico importante. La comunidad vecina de Vichaycocha recibirá los equipos que la Comisión Nacional de Camélidos Sudamericanos (Conacas) ofreció a Pacaraos antes del desmantelamiento de su hato.

El ganado ovino y vacuno pasta en las tierras altas de modo libre o al cuidado de unos pocos pastores. Como no hay tierra y ganado suficiente para que surja un grupo grande y sólido de propietarios con intereses propios, capaces de constituir algo llamable una clase o un segmento de clase, buena parte del ganado pasta libremente y una vez por semana los propios propietarios van a ver como están. Don Eugenio Traslaviña es considerado como uno de los «más ricos» de Pacaraos. Lo que cuento a continuación sirve para relativizar esta noción de riqueza situándola en su debido contexto y evitar errores serios en el análisis. Él mismo riega su alfalfar, levantándose a las cuatro de la mañana. Su esposa le envía el almuerzo. Lo acompañé en una de sus jornadas de riego de una de sus chacras de alfalfa de un tercio de hectárea afectada en un 70 por ciento por el kikuyo. Al hablar sobre su ganado, contó:

«No tengo un pastor. Mis 23 vacunos están siempre solos, en la estancia. Una vez por semana voy a pie y desde lejos me reconocen por el silbido de un pito que llevo. Los animales saben que siempre llego con la sal que necesitan. Gracias a los comuneros de Vichaycocha, estamos protegidos de los abigeos. Desde hace dos o tres años están organizados en rondas nocturnas y no dejan que los abigeos que vienen de Cerro de Pasco bajen a Pacaraos y a los pueblos vecinos. De la parte baja del valle no sube nadie a robar animales. Si los ronderos de Vichaycocha hubieran estado, los contrabandistas de lana de vicuña no habrían matado a casi todas las vicuñas de Pacaraos». (Entrevista con don Eugenio Traslaviña el 18 de setiembre del 2003).

II. MÁS EDUCACIÓN PARA LA EMIGRACIÓN

Mientras que la producción agropecuaria agrava su crisis, el crecimiento educativo de Pacaraos en los últimos 40 años revela el interés de sus pobladores y la atención parcial de parte del Estado. El cuadro de la página siguiente muestra las cifras educativas en 2003. Hace cuarenta años sólo había una escuela primaria, el colegio secundario fue creado en 1964 y el Instituto Pedagógico Superior Tecnológico en 1996. En cuanto a las escuelas y al colegio secundario, Pacaraos ha crecido de modo general como una buena parte de los distritos mejor atendidos en términos de construcciones escolares y número de profesores, de lo que no debe

inferirse de modo alguno que la calidad de la educación haya mejorado. El caso del Instituto Pedagógico Superior merece una atención especial, porque es maravillosamente ejemplar de lo que nunca debiera hacerse en el Perú.

El Instituto tiene 11 profesores –siete nombrados, cuatro contratados–, cuatro empleados, un trabajador de campo, una secretaria, un encargado de limpieza y un guardián. Cuenta con 50 alumnos matriculados, de los que asisten a clases sólo 16. La tasa de un profesor por 1.5 alumnos no la tiene ni la Universidad de Harvard, probablemente la universidad con más recursos en el mundo. Hay 17 egresados en dos promociones de la especialidad agropecuaria, y sólo cinco en la especialidad de electricidad, no autorizada oficialmente. El local es nuevo, de material llamado «noble», con aulas para 500 alumnos. Están sin uso, desde 1996, en tres grandes salones cerrados con llaves: 68 máquinas de coser, seis máquinas grandes para carpintería, tres tornos y tres fresadoras grandes y tres fresadoras y tres tornos pequeños y una «aserradora» de madera. Todo es maquinaria china que no tiene nada que ver con las especialidades agropecuarias y no responde en absoluto a las necesidades de un pequeño distrito agropecuario de los Andes peruanos. La pregunta inevitable es: ¿quiénes son los responsables de este monumental error? El presidente Fujimori estuvo tres veces en Pacaraos, prometió un Instituto Superior Tecnológico y cumplió su palabra. Es muy probable que él no se preguntó si Pacaraos necesita o no un Instituto Tecnológico Superior ni cuáles serían las especialidades más adecuadas. Tampoco los pacareños tenían una propuesta. Ellos y el presidente de la República en campaña electoral, por la segunda y tercera reelección, compartían una misma idea gruesa: «el Perú requiere educación», es decir, nuevos locales, «modernos», «de material noble», «bonitos, como los de Lima»⁸. ¿Qué educación? ¿Por qué y para qué? ¿Qué hacer para acabar con la escuela exportadora de migrantes? Fueron preguntas que no se plantearon. El gran negociado de Fujimori y Joy Way, uno de sus ministros preferidos, con los chinos para la compra de tractores, máquinas y herramientas ya estaba hecho, sólo quedaba la tarea de distribuir esas mercancías chinas. Todo indica que Pacaraos las recibió por algo así como un juego de ruleta. La responsabilidad de este crimen con la educación en el país le corresponde sin duda en primera línea a Fujimori. Pero, ¿sólo a él? ¿No hubo un ministro de Educación y directores, especialistas y asesores capaces de oponerse a una absurda decisión como esa? Si no dijeron nada, si firmaron los papeles para facilitar las campañas reelectorales, son también responsables. El daño ya está hecho. En siete años, el fracaso del Instituto Tecnológico Superior de Pacaraos no puede ser mayor. Una conclusión aparentemente simple como «el Instituto Superior Pedagógico de Pacaraos no sirve para nada» no

8 Lamentablemente la condición de ingeniero agrónomo, profesor universitario y presidente de la Asamblea Nacional del Rectores del ingeniero Fujimori nunca le fue útil para diseñar una política agraria y educativa del país.

puede ser atribuida a los pobladores de Pacaraos. Parece obviamente razonable que esas máquinas y herramientas sean llevadas a otros lugares del país donde cabe aún la posibilidad de que puedan servir, si aún es posible que sirvan, pero la comunidad de Pacaraos y todos los pacareños tienen el derecho a una compensación. ¿Un traslado de la maquinaria? Sí. ¿A cambio de qué? El momento es oportuno para hacer las preguntas que Fujimori y sus clientes políticos repartidos en el Ministerio de Educación no fueron capaces de plantear. En la última sección, volveré sobre este punto.

EDUCACIÓN EN PACARAOS:
NÚMERO DE ESTUDIANTES MATRICULADOS EN 2003

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Educación inicial			
Niñas y niños de 3 años	6	3	9
Niñas y niños de 4 años	2	1	3
Niñas y niños de 5 años	1	2	3
Subtotal	9	6	15
Primaria			
primer grado	4	2	6
segundo	3	6	9
tercero	3	3	6
cuarto	8	7	15
quinto	5	7	12
sexto	3	6	9
Subtotal	26	31	57
Secundaria			
primer año	13	7	20
segundo	12	17	29
tercero	15	11	26
cuarto	12	09	21
quinto	10	10	20
Subtotal	62	54	116
Instituto Superior			
Agropecuaria			
Semestre 2	9	13	22
Semestre 4	2	3	5
Semestre 6	3	2	5
Subtotal a	14	18	32
Electricidad			
Semestre 2	12	2	14
Semestre 4	2	-	2
Semestre 6	1	2	3
Subtotal b	15	3	18
Subtotal a + b	29	21	50
Total general	126	112	238

Hay aún otro hecho lamentable de la política educativa seguida por Fujimori en sus diez años de gobierno. Privatizar la energía del país significa que el Estado renuncia a un sector estratégico para resolver parte de sus problemas. Por decisión del gobierno de Fujimori, la central hidroeléctrica de Pacaraos, construida con el aporte de la mano de obra comunal, fue privatizada y entregada a la empresa Edelnor. Sus actuales dueños sostienen que «Pacaraos no es rentable» porque sus pobladores no tienen la capacidad económica suficiente para pagar un servicio de 24 horas. Lo mismo opina la empresa Telefónica de los centenares de pequeños pueblos en el Perú en los que no hay el número suficiente de personas con recursos para pagar líneas privadas en sus casas y deben consolarse con tener sólo una mal llamada «comunitaria» que es una línea privada administrada por un particular que nada sabe de teléfonos y que alquila el servicio a quienes quieran usarlo. El técnico responsable me explicó que la hidroeléctrica de Pacaraos tiene capacidad suficiente para dar luz las 24 horas del día.

¿Qué sentido tiene crear una especialidad de Electricidad en un pueblo donde el servicio de luz se ofrece sólo de noche y en un sistema educativo en el que los alumnos asisten a clases sólo de día? El bien público o el servicio a los pueblos del país pasan a un segundo orden al privilegiar los servicios sólo a quienes pueden pagarlos. La mezquindad de quienes dirigen esas empresas no puede ser mayor. Si hubiese luz 24 horas al día y teléfonos públicos eficientes, las posibilidades de los pueblos para tener más negocios y empleos serían mayores, se consumiría más luz y se multiplicaría el número de teléfonos en beneficio de sus propias compañías. A 12 kilómetros de Pacaraos, la comunidad de Vichaycocha, parte del distrito de Pacaraos, tiene una hidroeléctrica propia con luz día y noche, y el programa de educación a distancia puede funcionar eficientemente con computadoras y videos en los horarios normales de clase. Hay en esta Unidad de Educación a Distancia 48 estudiantes (30 hombres y 18 mujeres) repartidos en cuatro secciones (15 en primer año, 15 en segundo, nueve en tercero y nueve en cuarto). Un cuaderno de lectura, otro de trabajo, un televisor, un video y dos profesores tutores para los cuatro años: es todo lo que se requiere para establecer un diálogo permanente en la perspectiva de construir el conocimiento. Se trata de una experiencia que vale la pena continuar. Es pertinente señalar el gran empuje de la comunidad de Vichaycocha por haber construido su hidroeléctrica comunal propia y por su iniciativa para tener un hato de mil auquénidos. Pronto recibirán 100 vicuñas con la Conacas para convertirse en un serio productor de lana⁹.

Todos los caminos del Perú llegan a Lima. Todas las escuelas forman migrantes. «Los alumnos van a Lima, aunque sea a morirse de hambre, pero en Lima», me dijo uno de los profesores secundarios, convencido de que ningún alumno quie-

9 Una comunidad como la de Vichaycocha sería ideal para que algún antropólogo o antropóloga hagan un largo y serio trabajo de campo.

re quedarse en Pacaraos.¹⁰ Los pocos jóvenes que vi en Pacaraos tienen argumentos muy simples para explicar el poco interés de los pacareños en el Instituto: la mala calidad de los docentes, la falta de electricidad, de bibliotecas y laboratorios. Pero hay alumnos de Huacho, Huaral y Ancash que estudian en el Instituto Pedagógico de Pacaraos. Lo mismo ocurre en los Institutos Pedagógicos de las provincias andinas. La razón es muy sencilla: lo importante es aprobar un examen de ingreso; luego puede ser posible un traslado de matrícula.

III. MUNICIPIO: ESCASEZ DE RECURSOS, UN ALCALDE QUE VIVE EN LIMA Y QUIERE UN SUELDO CINCO VECES MAYOR

Pacaraos fue un distrito de la provincia de Canta desde 1821 hasta 1976, año en el que pasó a ser distrito de la nueva provincia de Huaral. Los pueblos que lo forman son Ravira, Viscas y Vichaycocha que son también comunidades campesinas. El alcalde vive y trabaja en Lima, va a Pacaraos sólo los domingos y atiende entre 11 de la mañana y cinco de la tarde. Está siempre de prisa en su camioneta 4x4. Sus opositores dicen que no ha terminado sus estudios de Derecho y que trabaja en Lima como comerciante¹¹. En el momento de mi trabajo de campo, había un conflicto abierto entre una buena parte de la población y el alcalde porque éste despidió al secretario del municipio que con cerca de 30 años de trabajo es la persona que mejor conoce el tema municipal y que es respetado y bien considerado por la mayor parte de los pobladores, y por haber propuesto que su sueldo como alcalde pase de seiscientos a tres mil soles y que los regidores suban de 180 a 500 nuevos soles por sus tres dietas mensuales¹².

El municipio en 2002 tuvo 366,324.28 nuevos soles de ingresos y 349,560.06 de egresos, con un saldo a favor de 16,764.22. Las transferencias del Estado fueron de 305,981.50 y el ingreso corriente por administración municipal sólo de 21,168.19 nuevos soles (arbitrios municipales, 50 soles; registros civiles, 3,000; licencias de funcionamiento de tiendas comerciales, 2,000; licencias de construcción, 100; pagos por el uso del cementerio, 200). Con recursos tan exigüos es poco lo que el municipio puede hacer. El agua potable llega al 90% de las casas y sólo el 10% de ellas tiene desagüe a través de pozos ciegos. Hace 40 años había tres pilas públicas de agua, una en la plaza de armas. El municipio ha financiado el hotel munici-

10 En la región hay tres colegios secundarios: uno en Pacaraos, otro de secundaria agropecuaria en Santa Cruz de Andamarca y la Unidad de Educación a Distancia en Vichaycocha.

11 El alcalde Jorge Bonifaz Casasola, elegido como miembro de Perú Posible, partido del presidente Toledo, no llegó a la cita que me dio un domingo a las cinco de la tarde. Traté de encontrarlo en Lima, sin éxito.

12 El ejemplo dado por Alejandro Toledo al elevar su sueldo de presidente a dieciocho mil dólares mensuales, apenas juró como presidente de la República, fue seguido en muchos lugares del país, particularmente en Pacaraos.

pal (moderno, amplio y con buenos precios para funcionarios públicos y turistas), parte de la construcción de algunos centros educativos y ofrece materiales de construcción para el puente de Viscas y arreglos en las carreteras a Ravira y Vichaycocha. No ha habido hasta ahora ningún esfuerzo para poner pistas y veredas en las calles.

Paralelamente al municipio, la comunidad de Pacaraos con sus recursos propios ha construido el campo de fútbol y sus dos pequeñas tribunas, la plaza de toros y el centro de salud.

IV. SALUD, BUENA SEÑAL: LA MUERTE PIERDE TERRENO

Hace cuarenta años no había en Pacaraos ningún servicio de salud. Hoy, a la entrada antigua del pueblo, por el sur, sobre un montículo estrecho y largo, muy cerca de la plaza de toros y frente al Instituto Pedagógico Superior se encuentran las instalaciones confortables de un Centro de Salud dirigido por un médico titular, acompañado de un joven egresado de medicina que cumple con su servicio de Secigra y de un técnico en salud. A la entrada hay una ambulancia, con sólo una camilla interior, que asegura el traslado rápido de los pacientes que requieren de atención hospitalaria en Huaral y Lima, acompañados por uno de los médicos. Por el Seguro Integral de Salud (SIS) el Centro de Salud atiende a los escolares hasta los 18 años de edad. El médico practicante con quien conversé contó que en el último año sólo han habido seis casos de emergencias, felizmente tratadas en Huaral y Lima. Cree que la alimentación infantil no presenta los índices graves de otras regiones andinas del país, que el peso es ligeramente menor al que deberían tener los niños y que la diferencia no es muy grave. La talla sí es baja. El vaso de leche, un desayuno escolar y también el almuerzo en los comedores populares, asistidos por el Programa Nacional de Atención Alimentaria, PRONAA, son complementos de alimentación para los niños en edad escolar.

Como en prácticamente todo el Perú la alimentación en Pacaraos es rica en carbohidratos, pobre en frutas, verduras y carnes. Un problema serio, aún mal conocido, es el alcoholismo. En mi estadía he podido observar que hay, aproximadamente, unos diez hombres que beben todos los días desde las primeras horas. Algunos de ellos no llegan a los 30 años.

Uno de los problemas serios para la atención es el pudor que impide a muchas mujeres dejarse examinar por los médicos. Reconoce el joven médico que sabe poco o nada sobre la práctica de las comadronas pero que le parece muy bien que ellas recomienden a sus pacientes ir al hospital cuando no se sienten seguras de darles la atención y cuidados que merecen.

Si en los últimos tres años no ha habido muertos por enfermedades broncopulmonares y digestivas, quiere decir entonces que la salud ha dado un salto significativo. Una política de prevención y de ofrecer buenos cuidados iniciales

parecen suficientes para revertir la histórica tendencia de la facilidad que había y hay en los Andes para morir por una neumonía o una peritonitis. Se trata de una buena señal.

V. DESPUÉS DE CUATRO SIGLOS LA COMUNIDAD CAMPESINA DE PACARAOS PARECE QUE LLEGA A UN PUNTO LÍMITE

La comunidad campesina es la institución social más antigua del país. Nacida con las «reducciones de indios» impuestas por el virrey Toledo en 1569, a partir de las «tierras del común» reservadas por la corona española para los llamados indios que sobrevivieron a las masacres de la guerra y a las enfermedades traídas por los europeos. Cuatro siglos después, continúa como una antigua alternativa de vida en los Andes y en la Costa. Su ejemplo fue decisivo para la formación de las comunidades nativas de la Amazonía a partir de 1974. Es una institución compleja, múltiple, contradictoria, que reúne y sintetiza los componentes económico, social, político, cultural (simbólico) y de identidad de núcleos de millones de personas. En términos de Marcel Mauss, se trata de un «fenómeno social total» (Mauss, 1950).

Esta totalidad social se expresa en: 1. Una superficie de tierras para uso agrícola y ganadero que formalmente pertenece al Estado (colonia española hasta 1821, republicano después) que es usufructuada, privada y colectivamente, por las familias que forman la comunidad. Las condiciones de reproducción de la vida dependen directamente de las parcelas de tierras y el derecho de pastar ganado que la comunidad ofrece a sus miembros. 2. El principio de reciprocidad, uno de los pilares fundamentales de la sociedad inca, conservado y recreado después de 1532, permite entender el intercambio tierra-servicios a la comunidad. Por las tierras recibidas los comuneros se comprometen a ejercer los cargos políticos, religiosos y sociales, desde los escalones más bajos –campos, alguaciles, regidores, santos y santas menores de la iglesia– hasta los más altos de las jerarquías: alcalde vara, «cargonte» o «carguyuyq» del patrón o patrona de la comunidad-pueblo, distrito, a veces provincia, o «acequia alcalde», encargado de la Fiesta del Agua en honor de los Apus y la Pachamama, deidades prehispánicas que gozan de buena salud luego de más de cuatro siglos de extirpación de idolatrías, persecución, resistencia, adaptación y clandestinidad impuestas por la iglesia católica. 3. Una forma de cooperación simple en el trabajo a través del «ayni» (un día de trabajo por un día de trabajo), la «minga» (trabajo a cambio de comida y fiesta) y la faena comunal como trabajo obligatorio de todas las unidades familiares en beneficio de la comunidad y de ellas mismas (Murra, 1974). 4. Una reproducción del ideal andino del control de un máximo de pisos ecológicos, tanto a través del acceso a tierras de arriba y de abajo, de un trueque o intercambio de productos para asegurar un consumo básico de maíz, ají, papas, carne, carne seca, papa deshidratada, lanas y cueros diversos. 5. Un entendimiento de larga duración entre los intereses comunales y familiares a partir de un transparente

y no discutido primado de la familia sobre la comunidad (este punto está en abierta contradicción con el supuesto colectivismo inventado por el romanticismo indigenista). 6. Una unidad de reproducción, continuación y transformación de la lengua y la cultura, de cada una de las tradiciones a partir del principio de bipartición; es decir, de la complementariedad, contradicción y competencia entre los segmentos de arriba y de abajo. 7. Una institución en la que es aún posible ejercer formas andinas de justicia dentro y fuera de las instancias oficiales del Estado (Juzgado de Paz y Gobernación). 8. Una instancia de identidad y memoria colectiva de todas y cada una de las unidades familiares. 9. Una organización de defensa de los intereses de sus componentes frente a la agresión de los grandes propietarios, del Estado y sus diversas instancias gubernamentales. 10. El servicio de los comuneros a la comunidad es recompensado por la satisfacción del deber cumplido y el prestigio indiscutible que obtiene. El reconocimiento de los otros funda una sólida autoestima personal que es un recurso social extraordinario para asegurar el equilibrio individual y colectivo de las personas que forman la comunidad. 11. Una forma de organización y de vida social suficientemente sólida como para reemplazar a las haciendas expropiadas por las reformas agrarias y para resolver los problemas planteados en las cooperativas y sociedades agrarias de interés social (SAIS) importadas de realidades ajenas al Perú. Es pertinente agregar que no hay comunidades aisladas, que a lo largo y ancho del país hay bloques y sub bloques (comunidades aliadas o rivales) con similitudes locales y especificidades regionales. Después de la desaparición del Estado inca no ha habido en lugar alguno del Perú una instancia nacional capaz de asegurar un mínimo de centralismo; es decir, de control y vigilancia sobre eso que, de modo general, se llama tradición.

El esquema propuesto en el párrafo anterior es un apretado resumen de los componentes de la comunidad campesina que no necesariamente están presentes en cada una de las comunidades. Para entender las variaciones es pertinente recordar el profundo localismo de las instituciones y de la cultura andina en general, como consecuencia de la desaparición del Estado inca y de la voluntad española de asegurar la dispersión entre unidades de base para evitar cualquier forma de solidaridad horizontal que pudiese poner en peligro la reproducción del nuevo poder.

El complejo sistema de cargos dentro de la comunidad incluye los puestos de presidente, vicepresidente, secretario, tesorero, vocal, fiscal, y otras responsabilidades menores llamadas «ministriles» que son: cajero de daños, cajero de agua, repartidor de agua, cuidador del coso de toros, un responsable de las llaves y el cuidado de la iglesia¹³ y dos «regidores». Estos últimos corresponden al viejo sistema de alcaldes varas, desaparecido antes de 1962.

13 Don Eugenio Traslaviña pasó por todos los cargos (fue presidente de la comunidad, alcalde del distrito, responsable de la fiesta de la Virgen del Rosario). Ahora, pasados sus setenta años, es el

En el 2002, la comunidad tuvo un ingreso de 28,000 nuevos soles (8,092 dólares) por rubros diversos. Por el derecho de «rodeo» –pastar animales en las tierras comunales), 1,280 vacunos, 150 auquénidos y 100 equinos–, los comuneros debían pagar seis nuevos soles por cabeza. Por cada una de las 1,220 ovejas deben pagar igualmente 0.50 de un nuevo sol. Los no comuneros están obligados pagar el doble que los comuneros. El uso de los pastos comunales muestra el grado de diferenciación entre comuneros localmente llamados «ricos» y «pobres» por tener más, menos o ninguna cabeza de ganado. 30 vacunos, 50 ovinos, algunos caballos y auquénidos son suficientes para que sus propietarios sean vistos como «ricos» y para que una parte de ellos «tenga pastores» encargados del cuidado de su ganado. Una precisión es indispensable en este punto: no hay ningún propietario con un pastor que cuide exclusivamente su ganado, en consecuencia no tiene sentido alguno pensar que dentro de la comunidad hayan «señores» y «siervos», como en los viejos tiempos medievales europeos o en los viejos tiempos de las grandes haciendas ganaderas andinas. Un pastor cuida el ganado de varias personas y el suyo propio a cambio de algunas crías del ganado y de algo de alimentos y vestido. Dentro de esta lógica de intercambio el salario no existe. Los pocos pastores que hay, cinco o seis, según nuestros informantes, son comuneros pobres que emigraron de las comunidades andinas del departamento de Huánuco. Otro ingreso comunal proviene del pago por cada día de riego que comuneros y no comuneros toman del agua del manantial de Cuyas.

Un párrafo especial merece el tema del empleo del dinero de la comunidad. La palabra inversión es empleada por las autoridades comunales como sinónimo de gasto. Hay en la comunidad de Pacaraos un ómnibus que la comunidad compró pensando en ofrecer un servicio de transporte Pacaraos-Huaral al conjunto de la población del distrito y la parte alta del valle. Hoy, la comunidad no tiene los once mil dólares que costaría repararlo. Tampoco hay quién lo compre y si así fuera, la comunidad no podría recuperar ni una parte del dinero gastado. La competencia de microbuses y camionetas station wagon, compradas de segunda mano en Japón y que inundan todo el Perú desde tiempos de Fujimori, acabaron con el sueño de esa inversión. Cuentan que en otro momento la comunidad tuvo tres o cuatro camiones de los que no queda huella ni dinero alguno porque «la inversión no sirvió», lo que debe ser entendido como un gasto inútil o, simplemente, un despilfarrero. El error cometido por las autoridades comunales al comprar vehículos de transporte de pasajeros y de carga ha sido no ver la diferencia entre una persona que tiene éxito con un ómnibus o un camión y una comunidad con el buen deseo de formar una «empresa comunal». En un ensayo efectivo de inversión, la comunidad

encargado de las llaves de la iglesia, de barrer, cuidar y limpiar la iglesia y las imágenes. Cuando en política se habla de una «vocación de servicio», este caso es ejemplar. ¡Cuánta sencillez y humildad en una persona para combinar esos elevados y pequeños cargos!

sembró orégano con la esperanza de vender mil kilos y obtener cinco mil dólares. La empresa exportadora sólo le pagó a don Héctor Palacios, presidente en ejercicio de la comunidad en 2003, 1,500 soles, menos de 430 dólares, con un cheque sin fondos, cobrados, a pesar de todo, meses después. El error de fondo que explica el fracaso de las llamadas empresas comunales es suponer que la comunidad puede convertirse fácilmente en empresa. Una comunidad nunca ha sido una empresa comunal. La esfera productiva corresponde a unidades familiares y no de la comunidad en conjunto, salvo casos excepcionales que no tienen relevancia estadística. Una mentalidad empresarial comunal no tiene de donde brotar. Formar una empresa supone tener un dominio de la relación costo-beneficio, esencial en la producción capitalista, conocer los secretos de la inversión, de la reproducción de la fuerza de trabajo, de las máquinas, del mercado, de los precios. Sin esas condiciones la empresa comunal es una aventura que conduce principalmente al fracaso. ¿Por qué fracasan las empresas comunales? y ¿en qué condiciones excepcionales algunas tienen éxito? son dos preguntas muy importantes para la investigación que hasta ahora no han recibido la atención que merecen.

Después de cuarenta años, la comunidad presenta un elemento nuevo de primera importancia: el número de comuneros ha disminuido de 150 a 63 y ha aparecido una distinción que antes no existía: 40 «comuneros activos», que cumplen con todas las obligaciones y 23 «comuneros pasivos» que tienen suspendida por lo menos parte de sus derechos porque no cumplen con todas sus obligaciones. No hay comuneros jóvenes que reemplacen a los viejos. Hasta el año 2008 habrán dos comuneros mayordomos de la fiesta de la Virgen del Rosario. Después, no. La comunidad vecina de Chauca ya está en esa situación: allí, todos cumplieron con sus cargos y ninguno está en condiciones de asumir tan grave responsabilidad dos veces, lo que nunca ha ocurrido. La pregunta inevitable es: ¿por qué no hay comuneros jóvenes? Una no disponibilidad de parcelas; es decir, un fondo de tierra igual a cero, podría ser una explicación suficientemente seria. El presidente de la comunidad, Héctor Palacios, informa que hay parcelas disponibles pero que los comuneros no quieren que esas parcelas sean entregadas a los jóvenes. El argumento, aparentemente muy sencillo, sería el siguiente: «a los viejos de ahora les dieron parcelas muy tarde cuando habían cumplido muchas obligaciones y no sería justo entregar tierras a jóvenes que apenas llegan a la comunidad y no han hecho los méritos suficientes». Los jóvenes se preguntan: ¿y la comunidad qué nos da? Se trata de un síntoma de un problema mayor y más grave que debiera ser examinado con mucho más atención y tiempo.

Hay en Pacaraos como en muchísimos otros pueblos de los Andes y la Costa –aún no en las comunidades nativas de la Amazonía– una feliz e inesperada sorpresa: los giros en dólares que envían los hijos desde el extranjero. Aquel deseo largamente acariciado por los migrantes pacareños de ayudar a sus familiares y a sus pueblos, cumplido a penas, en soles desde Lima, Huaral o las minas, o frustra-

do por la extrema pobreza, se realiza a sonrisa llena y corazón abierto desde Estados Unidos, Europa, Japón, Australia y Nueva Zelanda. No tenemos aún información seria disponible sobre esos envíos en escala nacional, pero hay razones suficientes para creer que se trata de cantidades muy apreciables en decenas de millones de dólares. Se trata de un ingreso económico nuevo que es un alivio para soportar la pobreza y, al mismo tiempo, una razón poderosa para que los jóvenes se vayan del país, siguiendo el ejemplo de sus hermanos mayores. Lo mismo que ocurría antes con Lima, ocurre hoy con países del extranjero. Los migrantes que vuelven después de mucho tiempo, luego de haber resuelto sus problemas de migración ilegal, además de ayudar a sus respectivas familias tratan de «hacer algo» por sus pueblos. No hay cambio estructural alguno respecto a lo que ocurría en los primeros años de 1960, salvo en el tipo de moneda y en el monto de las remesas. Tampoco en la orientación de la ayuda: vírgenes y santos, patronas y patronos de las comunidades y pueblos reciben las primeras muestras de recuerdo y gratitud. Pacareñas y pacareños, devotos de la Virgen del Rosario (fiesta mayor en octubre) podrían sustituir desde el 2008 en adelante a los comuneros que la comunidad ya no tiene y los jóvenes podrían entrar a la comunidad sabiendo que no tendrán el enorme peso de pasar ese cargo religioso. Volveré sobre esta propuesta en la sección final.

Merece una atención especial el deterioro de algunos elementos importantes de la cultura quechua. En nuestra visita de 1962 nos dijeron en Pacaraos que el quechua casi se había perdido, que «sólo lo hablan los viejos». En el grupo de estudiantes de antropología de San Marcos, Alejandro Vivanco y yo hablábamos el quechua y ambos asumimos como ciertas esas informaciones. Cuando les hablábamos en quechua, los adultos jóvenes y los jóvenes decían que no sabían nada. Entusiasmados con nuestro trabajo de campo, no teníamos aún un espíritu crítico respecto a nuestras fuentes de conocimiento y era muy corto el tiempo para conocer a fondo la situación del quechua. Tampoco teníamos la formación lingüística necesaria. En consecuencia, asumíamos como ciertas las versiones de nuestros informantes. En el 2003, en una mañana de setiembre, descubrí que un pacareño de más o menos cincuenta y cinco años, comerciante y dueño de una de las dos líneas telefónicas comunitarias, me respondió en quechua con una fluidez sorprendente. En 1962 este señor tenía quince años y estaba en la escuela primaria. No tiene sentido pensar que él era una excepción entre los jóvenes de su edad. El problema era otro: aceptar que en Pacaraos los jóvenes hablaban quechua significaba reconocer una supuesta «inferioridad» de Pacaraos respecto a Lima y Huaral¹⁴. No había entonces –al parecer, tampoco ahora– nada que ayudase a

14 Es pertinente contar aquí una anécdota muy ilustrativa de lo que significa esta supuesta inferioridad: en alguno de los artículos que Hugo Neira escribió sobre Pacaraos en el diario *Expreso*, apareció un pequeño dibujo con el estereotipo limeño clásico del llamado «indio» peruano: un hombre vestido de

algo que podría llamarse autoestima étnica; sólo el poderoso discurso colonial sobre la inferioridad de las culturas y lenguas indígenas, entendido y asumido sin crítica alguna.

En la misma línea de lo que ocurre con el quechua habría que situar la escasa importancia actual del ayni («torna peón» o «wallpo» en el lenguaje local de Pacaraos), la sustantiva reducción de las alpacas y llamas (según el presidente de la comunidad sólo quedan 150), la casi extinción de las vicuñas y la quinua que en otro tiempo fueron elementos simbólicos claves de la cultura andina quechua. El arroz y los fideos han entrado con enorme fuerza en la dieta andina a pesar de que los comuneros saben que tienen mucho menor valor nutritivo.

En sentido contrario de la tendencia que acabo de describir, está la vigencia de la faena comunal como una obligación de todos los comuneros, a pesar de las novedades de su cumplimiento: ir personalmente al trabajo comunal, enviar como reemplazante a un miembro de la familia o pagar el jornal respectivo de un peón. Es evidente que una faena comunal de 63 comuneros no es igual a otra de 120. Si se tiene en cuenta que probablemente la mitad de las casas de Pacaraos tiene gruesos candados, es posible suponer que la faena comunal de 63 personas es la que requiere la comunidad. Nadie vive en Lima o Huaral de lo que los pacareños les envían, y probablemente también sea más importante la contribución de los pacareños en Lima y Huaral con los residentes que quedan en Pacaraos. Otro sería el problema si todas las casas de Pacaraos estuviesen ocupadas por sus dueños y la faena comunal sólo fuese asumida por la mitad de quienes tienen la obligación de participar directamente en ella.

Presento a continuación el proceso de acceso, permanencia y salida de los comuneros a las tierras de la comunidad, como un elemento histórico a tener cuenta en una reflexión sobre el presente y futuro de la comunidad:

1. El punto de partida es la existencia de un **fondo de tierras comunales**. Desde las reducciones de indios, (1569 en adelante) la monarquía española dispuso de una extensión de tierras para los llamados «indios del común» como contraparte, pequeñísima en superficie y pobre en calidad, de las “mercedes de tierras” que la misma monarquía ofreció a los conquistadores y sus descendien-

poncho y chullo tocando una queña en una colina con un venado de fondo. Se trataba, seguramente, de un recurso de los encargados de la página de opinión para llenar los espacios vacíos y no de una falta de Hugo Neira. Cuando yo regresé a Pacaraos unos meses después, interesado en preparar las condiciones para un estudio largo sobre su proceso migratorio, al reconocermelo como miembro de la delegación de San Marcos, me reprocharon la irresponsabilidad de la Universidad de San Marcos de presentar a Pacaraos como una comunidad indígena y a los pacareños como a «indios» de poncho, chullo, nevados y queñas. Expliqué en un cabildo que Pacaraos era legalmente una «comunidad de indígenas» y que el dibujo en el periódico era responsabilidad de los empleados del periódico y no de Hugo Neira. El cambio de nombre –de «comunidad de indígenas» a «comunidad campesina»– vendría después, en 1969, por iniciativa del gobierno militar del general Velasco Alvarado. Dentro de las diversas escalas de prestigio a nadie le gusta aceptar un rango considerado inferior.

tes, de donde nacieron directamente las haciendas. Un «pedimento» o solicitud por parte de un comunero abre el circuito¹⁵.

2. La comunidad atribuye parcelas a sus comuneros que cumplen sus obligaciones político religiosas, paso a paso, a lo largo de la vida de los comuneros. El equilibrio entre el fondo de tierras y los comuneros se reproduce cuando a la muerte del comunero y su viuda sus parcelas vuelven al fondo comunal, cuando la viuda vuelve a casarse, devuelve las parcelas atribuidas a su finado, o cuando los comuneros no cumplen con sus obligaciones y devuelven las tierras recibidas.
3. El problema principal que afecta el equilibrio entre el fondo de tierras y el número de comuneros comienza a gestarse cuando a la muerte del padre los hijos piden quedarse con las parcelas que la comunidad le atribuyó. Como el número de hijos es diferente en cada una de las unidades familiares, aparece la posibilidad aritmética de falta de parcelas para nuevos comuneros. Una tasa alta de mortalidad dentro de un universo demográfico reducido ha sido, seguramente, un elemento estructural que ha contribuido con el equilibrio fondo de tierras comunales-comuneros.
4. Cuando los comuneros a fines del siglo XIX y primeros 30 años del siglo XX decidieron «repartos definitivos» de tierras, argumentando la necesidad de «incentivos para desarrollar la ganadería» o el «resarcimiento» por los servicios prestados a la comunidad el fondo de tierras comunales disminuyó sustantivamente. El carácter definitivo del reparto plantea el inmediato derecho de herencia de padres a hijos, de modo totalmente informal, sin notarios ni registros públicos; es decir, sin Estado, apelando sencillamente a que todos los comuneros saben de quiénes son tales y tales parcelas y que por un debido consenso ninguno de los comuneros cuestiona o rechaza esa adjudicación definitiva. Introducido y aceptado el derecho de herencia, la compra y venta de tierras es una consecuencia inevitable, a través de papeles simples ante un juez de paz, sin inscripción en los registros de la propiedad. El mercado de tierras que aparece es restringido entre personas que se conocen –comuneros, familiares o vecinos–. Este carácter restringido del mercado de tierras explica por qué no ha surgido en Pacaraos, como en ninguna otra comunidad andina, una hacienda o fundo, suficientemente grandes como para quebrar el equilibrio interno fondo de tierras comunales-comuneros y crear otro tipo de estratificación social o de clases.
5. «Luego de esos repartos definitivos» el fondo de tierras comunales casi llega a cero y lo único que podría alimentarlo es la reversión de tierras de comuneros

15 En mi tesis sobre Pacaraos (Montoya 1975) y en los textos de Mendizábal (1965) y Cotler (1959) se encuentran informaciones precisas sobre los repartos definitivos de tierras comunales por diversas razones.

que no cumplen con sus obligaciones, de comuneros sin hijos, o de viudas que vuelven a casarse. El número de parcelas en manos de los 23 «comuneros pasivos» podría, en principio, volver al fondo comunal, pero esta posibilidad puede ser efectivamente remota si se toma en cuenta que los lazos familiares entre «comuneros activos» y «pasivos» son muy estrechos y que difícilmente podría encontrarse una familia sin «comuneros pasivos» en Lima y Huaral. Además, conviene agregar que en la comunidad las sanciones son prácticamente inexistentes. ¿Cumplen todos los comuneros con las reglas establecidas? Como la realidad no es nunca un paraíso y casi siempre las normas se cumplen a medias, cuando se cumplen, hay un margen suficientemente grande para un «dejar hacer», de modo que cada quien actúa como buenamente quiere y puede.

En función de lo anterior, la privatización de las tierras comunales es un hecho fácilmente constatable y difícilmente discutible. Por las condiciones técnicas y sociales de la producción (escasas extensiones de riego, tierras pobres, parcelas de minifundio, trabajo familiar como elemento central, trabajo asalariado económicamente irrelevante, bajísimo nivel educativo y tecnológico), la privatización efectiva de las tierras no abre las puertas a una agricultura capitalista. No hay capital disponible para comprar y acumular tierras, pagar salarios, comprar maquinarias, innovar con nuevos productos, semillas y otras formas de riego. Con excepción de los pequeños y ricos valles interandinos (caña de azúcar y frutales entre 2,000 y 2,300 metros de altitud) y las grandes extensiones de pastos en las tierras altas para la crianza de ganado, el grueso del territorio andino no tiene posibilidades de desarrollo agrario capitalista.

Esta conclusión conduce a plantear dos nuevas preguntas: ¿Qué pasaría con la comunidad si se queda sin comuneros? ¿Cuál sería el futuro de quienes tienen la posesión efectiva y la propiedad elementalmente precaria de la tierra? Una primera respuesta fácil a la primera pregunta sería la siguiente: como la tierra es el punto de partida de la comunidad y un elemento clave de su estructura, desaparecería. Si se toma en cuenta el carácter de «fenómeno social total» de la comunidad, presentado líneas arriba en esta sección, una respuesta como esa tiene poco sentido y se abren algunas posibilidades para la sobrevivencia de la comunidad. La necesidad de la cooperación entre unidades familiares para el riego, o para mantener los linderos de las tierras de pastos existe independientemente de la forma de propiedad. Ningún agricultor individual (ex comunero en la hipótesis aquí planteada) puede por sí solo ocuparse de ese trabajo. En consecuencia, la «faena comunal» como forma de cooperación simple extendida de trabajo puede continuar indefinidamente y ese solo factor puede ser suficiente para la continuidad de la institución comunal. Si a este factor se le suma el universo simbólico de pertenencia y la fe religiosa, la continuidad estaría igualmente asegurada. El agua del manantial de Cuyas seguirá siendo un bien común, un bien comunal, y lo mismo puede decirse de por lo menos parte de las tierras de pastos en las alturas de la comunidad.

Como la posesión y la propiedad de la tierra son cuestiones centrales e inevitables, la desaparición de comuneros dejaría un vacío que tendría que ser llenado inmediatamente. Los descendientes directos de los comuneros que cumplieron con todas sus obligaciones tendrían el derecho de reclamar la propiedad de sus tierras en posesión. Para eso serían indispensables dos gestiones legales complementarias: de un lado, una inscripción de la propiedad de tierras en el registro público a través de un organismo estatal como el PET del Ministerio de Agricultura que reconocería, obviamente, el valor legal de las compras de tierras ante el juez de paz y las declaraciones de los testigos que afirmen que tal parcela es propiedad de tal persona. De otro, tendría que plantearse un cambio constitucional para que la comunidad campesina desaparezca. Salta a la vista la envergadura de un proceso político como ese. El concepto de comunero sería sustituido por algo así como agricultor o propietario independiente o parcelario o una categoría nueva. Como los ritmos de privatización de la tierra comunal y de los elementos que componen la identidad comunal son diversos y con intensidades diferentes, una propuesta de desaparición de la comunidad no me parece que esté a la orden del día en la agenda política. Si así fuera, la corriente de afirmación indígena en México, Ecuador y Bolivia, con posibles repercusiones de mediano plazo en Perú, sería suficientemente importante para bloquear su desarrollo. Han sido varios los ensayos para acabar con las comunidades peruanas, particularmente a fines de los años veinte y de los ochenta del siglo XX. Hacendados puneños y comerciantes de la costa norte encabezaron ese reclamo en esos dos momentos pero perdieron¹⁶. En consecuencia, es posible que sin cambio alguno en la Constitución pueda abrirse la posibilidad de registrar las parcelas comunales como propiedad privada de personas individuales.

En este análisis de la corriente privatizadora de tierras comunales habría que incorporar el deseo de conservar la tradición como un elemento de contradicción. Privatizar y defender la tradición son dos rostros distintos de una misma moneda. Vichaycocha como comunidad interesada en defender lo comunal y lo andino, a sólo 12 kilómetros de Pacaraos, empieza a ser y será una especie de espejo ejemplo para Pacaraos. También será importante un núcleo que en Pacaraos, en setiembre del 2003, trata de defender y reforzar la comunidad. Finalmente, con la rapidez con que se producen los cambios políticos, es de suponer igualmente que la Coordinadora de Comunidades Afectadas por la Minería (Conacami) y la Coordi-

16 Después de la aparición del Movimiento Zapatista de Liberación Nacional en México, el escritor Vargas Llosa encabeza una corriente intelectual que propone acabar con todas las formas de nacionalismo, tribalismo y precapitalismo que atentan contra la llamada modernidad (Vargas Llosa, 1996). En el conflicto cada vez más serio entre Francia y sus cinco o seis millones de inmigrantes árabes, provenientes de sus antiguas colonias, la misma posición política propone una batalla abierta que ahora se llama «comunitarismo». Desde el individualismo más extremo se ataca el concepto mismo de comunidad como sinónimo de tradición en contra de la modernidad y a favor de la absurda oposición modernidad-tradición.

nadora Permanente de Pueblos Indígenas del Perú (Coppip), dos organizaciones con sólo dos y tres años de existencia, ejerzan una influencia mayor para afirmar un espacio político autónomo para las comunidades campesinas, nativas y todos los pueblos indígenas del país.

VI. ¿Y EL ESTADO? SIEMPRE AUSENTE

En virtud de los principios de expropiación y exclusión, el Estado colonial, español y republicano, ha dejado a las comunidades campesinas a su suerte. Los comuneros no existen ni como una categoría censal pese a su importancia nacional, son más de cinco mil comunidades formalmente reconocidas, pero no existen ni como un ente institucional sujeto de crédito o de iniciativa para participar en la política nacional. El Estado es, en primera instancia, sinónimo de Lima; es decir, de distancia. En segundo lugar, es sinónimo de un enorme poder del que las comunidades campesinas, nativas y pueblos indígenas en general son excluidos. En tercer lugar, el Estado se identifica plenamente con un conjunto de servicios de educación y salud. En su dimensión más pequeña, aparece como una gobernación distrital, un juzgado de paz y una policía ausente. Durante el gobierno de García Pérez (1985-1990) el puesto de la Policía Nacional fue cerrado por la amenaza del senderismo. Desde entonces hasta hoy, la comunidad-distrito sigue sin policías. En Acos, parte media de la cuenca del río Chancay, está el puesto de la Policía Nacional para toda la parte media y alta.

El juez de paz cuenta que la situación es tranquila y no se siente la ausencia de la Policía, salvo en el caso del exterminio de 700 a 800 vicuñas, hace algunos años. La policía de Acos no hizo caso alguno a los oficios enviados. La comunidad quedó sin reacción alguna y dejó que los cazadores furtivos se llevaran la lana y dejaran tirada la carne. En la actualidad, con un hato de 1,000 vicuñas, una comunidad puede tener un ingreso líquido de algunas decenas de miles de dólares anuales, por el precio alto de su lana. Es la cifra que Pacaraos perdió y que Vichaycocha tendrá cuando multiplique su hato de vicuñas. Los robos de ganado han disminuido hasta casi desaparecer, gracias a las rondas campesinas de los comuneros de Vichaycocha, que impiden que abigeos de la cordillera de Cerro de Pasco, Junín y Lima se lleven el ganado hacia las punas altas.

Los problemas cotidianos son muy simples, tienen que ver con el daño de los animales de unos comuneros o vecinos que entran a comer a chacras ajenas. Se resuelven con las disculpas y pagos respectivos. En doce años que el señor Rodolfo Marcelo ejerce el cargo de juez de paz, sólo han habido 12 compraventas de parcelas de tierras sin que ninguna haya sido inscrita en los registros públicos. Para aceptar una compraventa los vendedores deben especificar que adquirieron sus parcelas por compra, herencia de sus padres o como compensación por sus servicios a la comunidad. Como se trata de un distrito-comunidad en el que todos se

conocen, el mercado de tierras que existe es muy pequeño y se limita a operaciones entre personas conocidas. No tendría sentido alguno que una persona extraña compre tierras, que en última instancia son de la comunidad. Luego de muchos años de residencia y por razones de matrimonio, hombres de otros pueblos tienen acceso a parcelas de tierras. Por eso se les llama «yernos».

El juez de paz sólo tiene potestad de ordenar que el gobernador encierre a alguna persona por 24 horas en el calabozo del pueblo por delitos u ocurrencias menores: agresiones entre personas, bebidas o entre miembros de una pareja sentimental. El fútbol y el alcohol despiertan pasiones que, a veces, terminan en la gobernación, el calabozo o en el centro de salud.

Me informaron que sólo dos personas tienen en Pacaraos sus casas inscritas en registros públicos, pero, lamentablemente no tuve el tiempo necesario para confirmar ese dato. Nadie tiene registrada su propiedad predial. No hay un catastro de tierras. Nadie paga un impuesto predial. Tampoco hay pago alguno del impuesto a la renta. La Sunat no existe. La noción de propiedad está plenamente vigente y debiera sorprender que en comunidades como Pacaraos, es pleno el respeto de la propiedad de cada uno de los otros. No habiendo títulos ni oficina local de registros rige sólo la palabra respaldada por el respeto de la persona que dice «ésta es mi propiedad» o «ésta es propiedad de tal o tal persona». Hay, además, una especie de norma general no escrita como reacción ante el Estado: «la gente no quiere pagar». Un comunero recuerda al cura Lizeta, que desde su púlpito recomendaba: «Nadie debe pagar nada».

Como lo he señalado antes, la electricidad y la comunicación telefónica son servicios privatizados. El beneficio de las empresas que compran lo que el Estado privatiza es el que manda. Al privatizar esos servicios el Estado renunció a tener un papel estratégico tanto en la energía como en la comunicación. La consecuencia inevitable es la frase: «Pacaraos no es rentable» que no requiere de explicación adicional porque es una sentencia suficientemente expresiva. Como Pacaraos «no es rentable» Edelnor le paga al municipio sólo 268 nuevos soles al año (77 dólares). ¿Pagará algo a Pacaraos la pequeña mina de carbón explotada por una pequeña empresa privada?

VII. PERSPECTIVAS: IDEAS PARA LA ACCIÓN

Como lo he señalado en la sección V, la comunidad no tiene los recursos suficientes para salir de la situación en la que se encuentra, antes de 2008 tendrá que tomar decisiones para renovarse aceptando a jóvenes y renunciando a su deseo de que la historia se repita y todos lleguen a la comunidad como lo hacían los comuneros de hace uno o tres siglos. Nada hay en el horizonte que indique cambios en la clase política, su principio de exclusión se mantiene firme pues sigue cometiendo dos seculares errores: confundir el Perú con Lima y reducir la cuestión de la de-

mocracia a un sencillo asunto de elecciones cada cierto tiempo, no teniendo en cuenta el modo de gobernar. Tampoco aparecen por rincón alguno empresarios con deseos de invertir en el campo andino. Su razonamiento es muy simple: si el Estado no lo hace, por qué tendrían ellos que hacerlo. Este argumento es demasiado fuerte y suficiente para reproducir el presente como continuidad del pasado.

El único producto actual con cierta importancia económica es la leche y sus derivados¹⁷. El otro, a mediano y largo plazo, puede ser la crianza de vicuñas por la alta rentabilidad de su lana en el mercado mundial y por las posibilidades de su transformación local y nacional para beneficiarse de su valor agregado. En ambos casos, la mano de obra familiar y comunal sigue siendo un recurso de primer orden siempre y cuando sea usada en proyectos que respondan a una visión de futuro y no simplemente como una mano de obra barata en proyectos de caridad cristiana para reproducir la pobreza y multiplicar la ideología del asistido.

Como parte de mi convicción de acompañar y apoyar a las comunidades campesinas, nativas, pueblos indígenas, organizaciones étnicas, federaciones sindicales de obreros y campesinos, asociaciones de migrantes en Lima, asociaciones de artistas como la de danzantes de tijeras por ejemplo, tuve al final de mi estadía en Pacaraos en setiembre de 2003, conversaciones diversas, en particular con el presidente de la comunidad, miembros de su junta directiva, con el director del Instituto Tecnológico Superior, algunos maestros secundarios y con el secretario del municipio, con el propósito de devolverles por lo menos parte de lo que recogí en doce días de trabajo intenso. Resumo mis propuestas en cinco:

1. Me parece que sería posible que el conflicto entre comuneros viejos y jóvenes que se resisten a entrar a la comunidad puede concluir si la actual junta directiva de la comunidad toma cuatro decisiones:
 - a. Entregar las parcelas disponibles de tierras a los jóvenes que las reclaman. Los tiempos cambian y los jóvenes no tienen por qué repetir los mismos pasos de los mayores.
 - b. Abrir dentro de la comunidad un espacio propio a las mujeres como miembros en igualdad de condiciones que los hombres.
 - c. Que los nuevos comuneros y comuneras no tengan la obligación de celebrar el cargo de la Virgen del Rosario.
 - d. Acordar con los pacareños residentes en Estados Unidos, Europa y Japón la celebración anual de la fiesta de la Virgen del Rosario.
2. Pedir lo más rápidamente posible al Ministerio de Educación una inmediata reorganización del Instituto Tecnológico Superior con algunas condiciones:
 - a. Dejar claramente establecido que los graves errores cometidos en la creación de ese Instituto Tecnológico Superior son de responsabilidad del ex presi-

17 Según la encuesta de la Universidad de Ingeniería en el 2002 sólo el 25% de la producción de Pacaraos es vendido en los mercados. El queso es el producto principal, seguido de lejos por la papa.

dente de la República, Alberto Fujimori; del ministro y altos funcionarios del Ministerio de Educación y no, de ningún modo, de la comunidad-distrito de Pacaraos.

b. Pedir al Ministerio de Educación el cierre de la especialidad de electricidad y la reorganización de la especialidad agropecuaria a través de una comisión de alto nivel que negocie con la Universidad Agraria y un grupo de inversores privados con participación de los pacareños, la formación de una empresa de productos lácteos. La leche es el único recurso que Pacaraos tiene con alguna posibilidad de desarrollo alternativo. El Instituto Tecnológico Superior sería un apoyo directo de esa empresa mixta.

c. No permitir que el Ministerio de Educación se lleve la maquinaria china a otro lugar del país, sin antes dejar en marcha una reorganización del Instituto Superior Tecnológico de Pacaraos.

3. Pensar seriamente en la crianza de vicuñas como un recurso productivo importante. La posibilidad de contar con el apoyo de la Conacas, a pesar de los errores del pasado, debe ser asumida con la mayor seriedad por parte de las autoridades comunales y de todos los comuneros.
4. Negociar con las autoridades del Estado y presionar en Pacaraos para que en el plazo más corto la empresa Edelnor ofrezca el servicio de luz eléctrica durante las 24 horas del día.
5. Negociar con las autoridades del Estado y presionar en Pacaraos para que en el plazo más corto la empresa Telefónica instale un servicio público y de algunas líneas privadas.

BIBLIOGRAFÍA

BONILLA, Heraclio

1974 *Las comunidades tradicionales del valle de Chancay Huaral*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Tesis para optar el grado de Bachiller en Letras, especialidad en Antropología.

COTLER, Julio

1959 *Propiedad y familia en San Lorenzo de Quinti*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.

DEGREGORI Carlos Iván, Jürgen GOLTE y Olinda CELESTINO

1973 *Dependencia y desintegración estructural en la Comunidad de Pacaraos*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

LAUSENT, Isabelle

1983 *Acos, Valle de Chancay: pequeña propiedad, poder y economía de mercado*. Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos. Lima.

MARTÍNEZ, Héctor

1989 «Vicos: continuidad y cambio», en revista *Socialismo y participación* N° 48, diciembre. Lima.

MAUSS, Marcel

1950 *Sociologie et Anthropologie*. Presses Universitaires de France. París

1925 *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. L'année Sociologique, nouvelle série.

MENDIZÁBAL LOSAK, Emilio

1965 «Pacaraos una comunidad de la parte alta del Valle de Chancay», *Revista del Museo Nacional de la Cultura Peruana*, Tomo XXXIII. Lima.

MONTOYA ROJAS, Rodrigo

1996 «Arguedas en España: Crónica de un viaje de la nostalgia», en Maruja Martínez y Nelson Manrique (editores): *Amor y fuego: José María Arguedas, 25 años después*, Desco, Cepes, Sur, Lima, pp. 165-174.

1980 *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: Un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Mosca Azul Editores, Lima.

1967 «Un Exemple de Migration Interna en el Peru», en *Colloque d'Etudes Péruviennes*, Éditions de l'Université d' Aix-en-Provence, Francia, pp. 209-239.

1967 «La migración interna en el Perú: un caso concreto», en revista *América Latina*, Año 10:4, Río de Janeiro, pp. 83-108.

1966 «Migración interna en el Perú», en revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 6, Abril-Mayo 1966. París, pp. 29-39.

1965 *La emigración de una comunidad campesina de la sierra peruana: Pacaraos, motivaciones, proceso y consecuencias*. Tesis para optar el grado de Bachiller en Letras, especialidad en Antropología.

1965b (Inédito) «La tenencia de la tierra en la comunidad de Pacaraos, trabajo de campo». Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto de Etnología. Lima.

MURRA, John

1974 *Formaciones económicas y sociales del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

NÚÑEZ, Hernando

1965 (Inédito) «Descripción de Pacaraos». Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto de Etnología. Lima.

VARGAS LLOSA, Mario

1996 *Crítica de la utopía, arcaica*, Fondo de Cultura Económica, México.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE INGENIERÍA

2002 *Plan estratégico de desarrollo integral de la Comunidad Campesina de Pacaraos 2002-2012*. Facultad de Ingeniería Económica y Ciencias Sociales. Sección de Extensión Universitaria y Proyección Social, Lima.